

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1955 - Núms. 72-73



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

856

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

18

EJEMPLAR NÚM. 529



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1955



Tomo XXIII
Núms. 72-73

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1955

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 72-73

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. José Rubio Rivas.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

José de las Cuevas.— <i>Francisco Pacheco y «El arte de la Pintura»</i> . (Dos ilustraciones fuera de texto).....	9
María Josefa Cordero Ovejero.— <i>Calcidio, arcediano de Córdoba. Primer traductor de Platón en España</i>	67
Carlos Schlatter Márquez.— <i>Juan de Cervantes y Salazar, poeta lírico del siglo XVII</i>	89
Brígido Ponce de León Almazán.— <i>La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla.—II, Documentos</i>	103

MISCELANEA

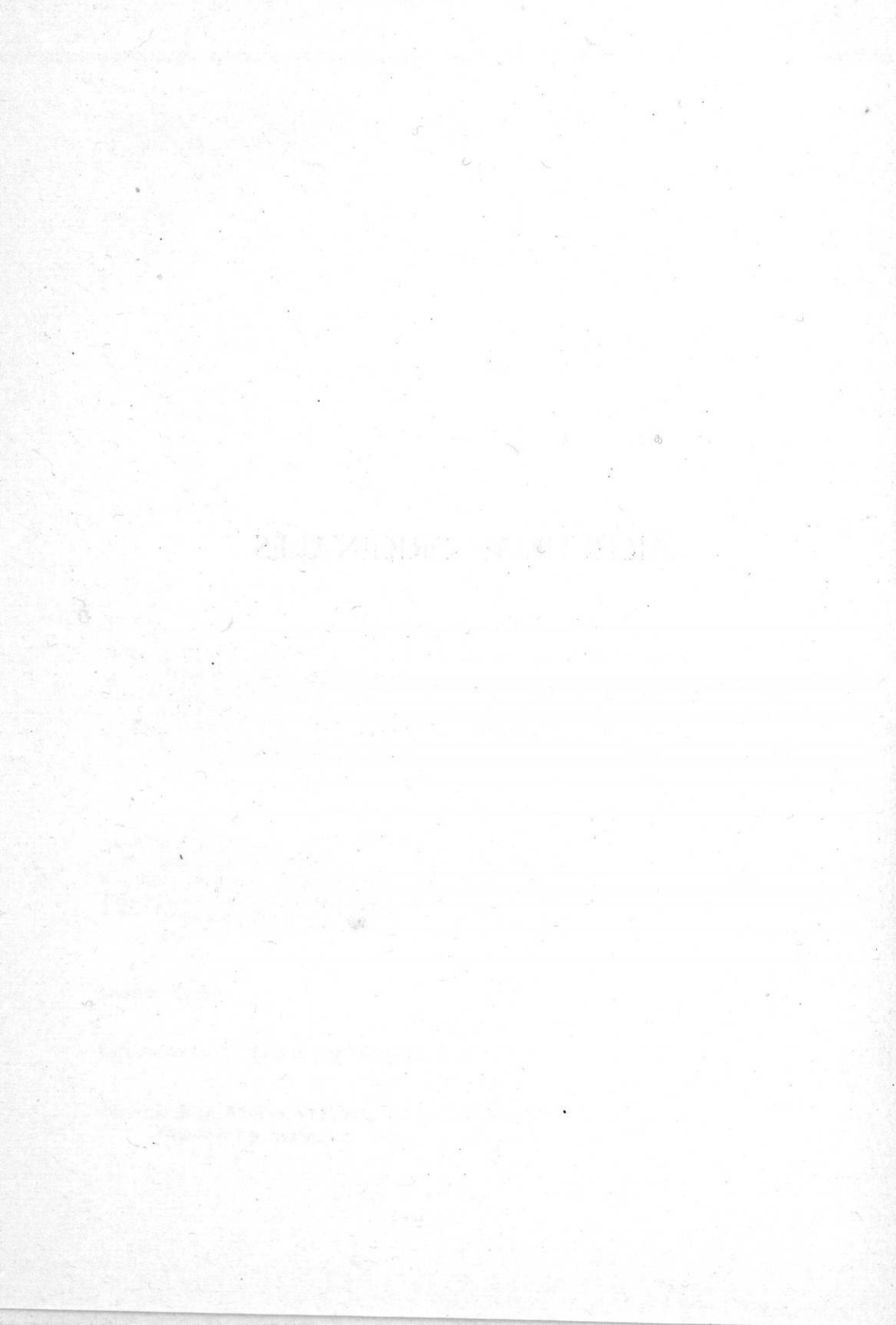
José Hernández Díaz.— <i>Nuevos datos de Arte Sacro</i> . (Tres ilustraciones fuera de texto).....	115
Francisco Márquez Villanueva.— <i>Sobre Ercilla y su épica</i>	117
José Andrés Vázquez.— <i>Rodríguez Marín, Presidente del Ateneo</i>	121
* * * <i>Premios y Becas de la Excm. Diputación</i> (Patronato de Cultura).....	125

LIBROS: Varios.....	127
---------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: <i>Música</i> , por Norberto Almandoz.....	135
---	-----

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Cronista Oficial de la Provincia.—Noviembre y diciembre, 1947</i>	143
---	-----

ARTICULOS ORIGINALES



JUAN DE CERVANTES Y SALAZAR, POETA LÍRICO DEL SIGLO XVII (*)

I

EL insigne panegirista de las glorias sevillanas del Imperio, Alonso Morgado, escribe en su «Historia de Sevilla»: «Cuatro cosas principalmente (según los que mejor lo entienden) hazen a una tierra señalada y excelente. Conviene, a saber: buen clima del cielo, amena frescura, próspera fertilidad y que produzca altos ingenios, como quiera que el buen clima y temperamento de cielo da los aires templados y saludables. Los cuales de más de dar salud y más vida abivan también los ingenios. La frescura y amenidad haze la vivienda dulce y deleitosa. La buena fertilidad enriquece con provechos y mantenimientos. Y los hombres sabios y prudentes dan felice aumento de magestad a su tierra. Como quiera que son ellos el fruto mejor de la mejor tierra y el más importante y provechoso. Ninguna destas cosas le negó el cielo a Sevilla».

Rodrigo Caro contaba entre los privilegios que gozaba Sevilla en los venturosos días de la monarquía hapsburguesa «no nevar Júpiter, ni durar mucho el tiempo de invierno», además de no desencadenarse «desconcertados argaviesos de agua, piedra o granizo». Méndez Silva aseguraba que Sevilla era «calurosa en Verano, más recompensalo la templanza del Invierno» y «el soplo de Fabonio que viene del Océano, con que si

(*) Archivo Hispalense, respetando las interesantes hipótesis aventuradas por el autor de este discreto artículo, se permite observar que los versos citados por él del *Viaje del Parnaso*, canto VIII, no se refiere más que al

...llamado Promontorio,
mancebo en días, pero gran soldado,

de trato y amistad tan grande y frecuente con Cervantes en Nápoles, y de quien cabe suponer que fuera hijo del glorioso creador del *Quijote* y acaso, como Navarro y Ledesma apunta de la rubia napolitana Nísida, de la *Galatea*. El famoso terceto (versos 280-282) da que pensar:

Llamóme padre y yo lláméle hijo:
quedó con esto la verdad en punto
que aquí puede llamarse punto fijo;

pero, con toda esta puntual fijeza, no se sabe otra cosa sino que las palabras de Cervantes sólo pueden aplicarse a Promontorio. ¿Quién era este Promontorio? Se ignora en abso-

algún calor hace el Estío, se templa... ella espera suave y blandamente la mayor parte del Verano la suave y regalada marea que templa el calor del sol». Refiere el cronista real Luis Cabrera de Córdoba lo «mucho que gozó» el Rey Felipe II al arribar a Sevilla y encontrarla «templada de aire, serenidad de cielo, fertilidad de suelo en todo lo que puede la naturaleza, desear el apetito, procurar el regalo, inventar la gula, demandar la salud y apeteer la enfermedad».

«...Un abril

Goza en sus puertas Sevilla,
Es octava maravilla»

escribía Ruiz de Alarcón y Madame d'Aulnoy aseveraba que en estas tierras derramaron los cielos «sus más preciados dones», llegando a afirmar Méndez Silva ser Sevilla «la región más fértil, rica y abundante de Europa».

Tan espléndida fertilidad y fecunda vitalidad, sembró los cielos de altos ingenios, gloria de Sevilla y orgullo del pensamiento y de la cultura universal.

Capitaneando esta luminosa pléyade, avanzaban los hijos de las Musas coronados de laureles y de mirtos inmortales. Todos los géneros literarios hallaron en Sevilla nobilísimos cultivadores y especialmente la lírica. Los nombres de Herrera, Gutierre de Cetina, Jáuregui y Arguijo suponen por sí solos toda una literatura.

Impulsados y atraídos por ellos, giraron a su alrededor un sinnúmero de poetas que si no alcanzaron la primera magnitud brillan con luz propia en el firmamento de la poesía. En los archivos y bibliotecas esperan el taumatúrgico «Levántate y anda» una colección de poemas inéditos cuyos autores duermen el sueño del olvido, cuando no de la ignorancia, aunque merecedores de figurar en los tratados de literatura castellana.

Uno de éstos, es el que hoy sacamos a la luz pública y creemos digno

luto. Como recuerda oportunamente Rodríguez Marín, el ilustre hispanista Benedetto Croce, en sus *Due illustrazioni al «Viaje del Parnaso»* (Homenaje a Menéndez y Pelayo, Madrid, 1899, I, 188), ha escrito lo siguiente: «Il nome Promontorio è abbastanza diffuso nell'Italia meridionale, ma di questo giovane soldato neanche ho potuto trovare notizie, benché abbia fatto parecchie ricerche. Dal resto, le sue relazioni col Cervantes sono un piccolo geroglifico».

Es, por otra parte, bien sabido que los Cervantes eran deudos o parientes cercanos de los Salazar de Esquivias, en la Sagra de Toledo. Dice Navarro y Ledesma: «En Sevilla y en otras partes anduvieron los dos apellidos mezclados. Cervantes de Salazar hubo que fueron discretísimos filósofos, como Francisco, y poetas delicados, como Juan, del cual presumimos que era primo de Miguel, a quien conoció en Sevilla». Y más adelante: «En febrero de 1599 sabemos que [Miguel] se hallaba en relaciones de dinero con su pariente D. Juan Cervantes de Salazar, hijo o sobrino del gran filósofo Francisco Cervantes de Salazar, continuador del *Diálogo de la dignidad del hombre*, que escribió el maestro Pérez de Oliva. D. Juan Cervantes de Salazar, que era también poeta muy tierno y exquisito, por cierto, debía a Miguel noventa ducados, y se los pagó en aquella fecha». (El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, Madrid, 1905, págs. 261 y 405).—N. de la R.

de un más profundo y detenido estudio. Sus obras radican en un manuscrito de la Biblioteca Colombina, donde gracias al celo de sus directores recuperóse felizmente tras de haber sido robado por sacrílega mano.

El nombre del poeta es don Juan de Cervantes y Salazar y sus poesías, desordenadamente ordenadas, repártense por el códice justamente con otras composiciones líricas debidas a diversos autores tan inéditos los unos, como el nuestro.

II

¿Quién fuera este nuestro don Juan de Cervantes y Salazar? Al frente del bárbaramente descuartizado manuscrito y a guisa de prólogo, estampa don Adolfo de Castro, en el año de 1884, estas notables y curiosas insinuaciones. «Este es contemporáneo de Miguel de Cervantes y algo posterior, por hallarse aquí entre sus poesías algunas de Miguel Cid, célebre autor de las famosas coplas de la Concepción Inmaculada. Matute no cita a este señor don Juan de Cervantes y Salazar. Los apellidos corresponden al hijo de Miguel de Cervantes y Catalina Salazar. Merece esto una investigación prolija para identificar la personalidad, pues así como no pudo ser hijo de ambos, púdolo ser. Que Cervantes no hablara de tal hijo en sus obras y de que estuviese separado de él por su carrera, nada tiene de extraño. Cervantes no habló de su hija y sin embargo por otros documentos se ha sabido. Lástima que el códice esté tan falto desde antiguo tiempo, como se ve por la hoja anterior y algo más. Quizás ahí podría aclararse quién era este poeta, que parece haber vivido en Sevilla y aun ser natural de ella, como se demuestra por los versos de devoción, especialmente local».

A) Apunta don Adolfo de Castro como testimonio para situar la cuna de don Juan de Cervantes y Salazar en Sevilla las poesías que rímaran en honor y alabanza de las devociones que profesaba el pueblo sevillano en la Edad de Oro.

El analista Ortiz de Zúñiga refiere que los misterios de la Eucaristía y de la Inmaculada Concepción de María Santísima constituían las niñas de los ojos del pueblo sevillano del siglo XVII. Ni poeta, ni pintor, ni músico, ni escultor, ni aun el espontáneo y anónimo versificador popular envainó la pluma, el buril, los pinceles, etc, etc., sin entonar un himno de gloria en loor del Augusto Sacramento del Altar y de la limpieza sin mancilla de la Madre de Dios. Y con qué ternura y cariño canta en elegantes y sentidas canciones líricas Juan de Cervantes y Salazar los misterios inefables del Cuerpo de Dios humanado y de la pureza vir-

ginal de María Santísima... A fe, que no mimara ni protegiera con tanta delicadeza y valor las niñas de sus ojos como defendía y adoraba estos dos soberanos e insondables misterios.

A la zaga de tan emotivas devociones encontramos la veneración y amor del poeta a las Patronas de Sevilla, Santas Justa y Rufina. En una de sus poesías, en la que las llama

«Dos plantas par de su orilla
Produjo el Betis triunfante
Que fueron por maravilla
Columnas del sacro atlante
Que sustentan a Sevilla

pídelas y suplica,

«Tenednos en la memoria,
Virgenes, rogad por nos,
Porque es cosa muy notoria
Que ha de vivir en la gloria
El que se encomienda a Vos.

No olvidó Juan de Cervantes y Salazar templar las cuerdas de su lira para trovar al

«Santo por Dios adorado
Y a quien Dios se le humilló

San Juan Bautista, patrono y protector de numerosos gremios, y en cuya festividad las corporaciones gremiales sevillanas celebraban sus cabildos, designaban sus miembros rectores, dirimían sus causas, estudiaban sus negocios y reuníanse fraternalmente para solazarse y cumplir con los preceptos caritativos estipulados en sus ordenanzas.

Por último hallamos las letrillas que escribiera en honra y prez del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, a cuyo amparo y patronato acudía la Iglesia sevillana, celebrando su festividad con los más solemnes cultos, algunas de cuyas ceremonias y ritos hoy admiramos.

Bien pudiérase buscar otra posible prueba de la naturaleza sevillana de Juan de Cervantes y Salazar en la ortografía que usara y empleara el amanuense al escribir el código poético. La mutación y trueque de consonantes, tales como la c y la z en s y viceversa y la omisión de no pocas al final de los vocablos, especialmente las plurales, era un distintivo peculiar del lenguaje sevillano en la Edad de Oro. En la página primera del manuscrito se lee textualmente:

Compuesto por don Juan
de Servantes y Salazar q.
dios, tenga en su gloria, enco-
miendo una ave maria a quien
esto leyere por su alma porque
quando de esta vida partamos
aya quien le rese porque dios
nos perdone nuestras culpas.

A este tenor pudiéranse citar otros diversos pasajes repartidos por todo el opúsculo cervantino.

B) Por encontrarse inserta en el código una poesía hija del estro de Miguel Cid, opina don Adolfo de Castro ser Juan de Cervantes y Salazar contemporáneo suyo. Cuenta don Mateo Vázquez de Leca que anualmente, por la pascua de Navidad, reuníanse varias personas graves y devotas en casa del Padre Bernardo de Toro para celebrar un nacimiento de nuestro Señor que el virtuoso predicador instalaba todos los años, y para regocijarse con tan piadosa costumbre, dieron los asistentes en escribir geroglíficos, canciones y coplas al Niño de Dios, «de donde se tomó principio, dice, para persuadir a que se hicieran coplas a la Virgen y de sus misterios al de la limpia Concepción». De una de estas veladas navideñas salió aquella sencilla copla «Todo el mundo en general» y que compusiera el famoso Miguel Cid. En el código que nos ocupa, y haciendo gala de su númen poético, dedica nuestro vate bellísimas canciones a ensalzar y cantar el misterio del Nacimiento del Niño Jesús en el Portal de Belén y el de la Concepción Inmaculada de María. ¿Sería acaso Juan de Cervantes y Salazar uno de aquellos piadosos y graves concurrentes a las reuniones pascuales?

Al testimonio que señala el prologuista sevillano pudiérase añadir las invocaciones y laudes que en la portada interior del libro estampa el poeta, a saber, «María Concebida sin pecado original», y estotra, «Alabado sea el santísimo Sacramento y la inmaculada Concepción de la Virgen María señora nuestra. Amén». Tanto la una cual la otra jaculatorias se formaron y difundieron a partir del año 1613 y más particularmente desde 1616, en que la tomaron por mote y lema los regios comisionados sevillanos ante el Papa para impetrar la definición dogmática del misterio conceptionista.

En una de las letrillas que dedica a las Patronas de Sevilla Santas Justa y Rufina, dice:

Quando al pueblo sevillano
Quitó Dios tantas personas,
Dijo, yo haré aunque gusano
Que os quiten mis dos patronas
El azote de la mano.

¿Fué por ventura este azote la epidemia de perniciosas y malignas tercianas que desatóse sobre Sevilla el año de 1621 y que arrancó la vida de 2.000 hombres, sin contar las mujeres y los niños?

No menos atención merecen, para cuanto vamos exponiendo, los sonetos que moldeara en el más puro cultismo. Dignos de consideración son aquellos que empiezan:

El lúcido y amplífico crucífero
Del próspero y excelso imperio ubérrimo
Me tenga en su depósito pulquérrimo
Magnánimo habitáculu lucífero.

La muerte corta el hilo de mi vida
Y mi vida no teme aún en la muerte
Pudiendo con morir tener más muerte
Que es muerte para siempre en la otra vida.

C) Y nos encontramos con el más importante y curioso tema relacionado con la personalidad humana de Juan de Cervantes y Salazar, el parentesco o consanguinidad que pudiera tener nuestro poeta con el Príncipe de los Ingenios españoles, Miguel de Cervantes y Saavedra.

La paternidad legítima de Cervantes es aún patrimonio de la incógnita. En el *Viaje del Parnaso*, del manco inmortal, hay un pasaje en el que los biógrafos apoyan sus afirmaciones sobre la realidad del hecho, si bien las pruebas y testimonios documentales no llegaron aún a comprobarlo. Es aquel que dice:

«Mi amigo tiernamente me abrazaba
Y con tenerme entre sus brazos dijo
Que del estar allí mucho dudaba;

Llamóme padre y yo llaméle hijo,
Quedando en esto la verdad un punto
Que aquí puede llamarse punto fijo».

Cierto que el suceso tuvo por escenario a Nápoles; sin embargo el poeta como poeta, bien pudo situarlo en cualquiera punto del planeta; ya dijo Horacio que a los pintores y a los poetas invistieron los dioses de toda potestad.

Es un hecho histórico y documentalmente confirmado el matrimonio de Miguel de Cervantes y Saavedra con Catalina de Palacios y Salazar. Ciertamente que los apellidos de nuestro poeta y tal cual hoy día los enumeramos no corresponden con los de sus presuntos padres, empero es una

evidente realidad que en aquellos siglos de la Edad de Oro, en materia de apellidos, reinaba la más desconcertante y caprichosa anarquía. Unos exhumaban apellidos que ostentaron en la más remota antigüedad sus antepasados fundándose en la nobleza de los mismos; otros aceptaban los apellidos de sus bienhechores en agradecimiento a sus acciones; éstos honrábanse con el patronímico de su ciudad o pueblo natal; aquéllos aplicábanse el santo o misterio más de su devoción favorita, no faltando quienes repudiaban sus apellidos paternos por razones de fonética. Bien pudo adoptar nuestro poeta los apellidos paterno de Cervantes y materno de Salazar, el primero conocido por todo el imperio como autor del Ingenioso Hidalgo, y el segundo, por ser de reconocida hidalguía en las tierras de Esquivias, de donde era oriunda Catalina de Palacios y Salazar.

A la paciencia y amor de biógrafos e investigadores, repetimos, brindamos todas estas notas, que nosotros, sin disponer de medios y tiempo, mal podemos llenar el vacío que en la vida de nuestro Príncipe en las Letras se abre y relacionado con su paternidad legítima.

III

Pero vengamos a la obra y labor literaria de Juan de Cervantes y Salazar. Dice Revilla: «Nada hay más deplorable que la fría o artificiosa expresión de los afectos. Sean éstos cuales fueren, es necesario que aparezcan como manifestación profunda y poderosa de las energías del alma, y sobre todo como fruto de una inspiración natural y espontánea y no de un esfuerzo laborioso del ingenio. Importa mucho que el sentimiento lírico sea muy vivo y penetrante, muy enérgico y profundo, muy espontáneo y caluroso. La intensidad del sentimiento es condición inexcusable de la lírica, cualquiera que sea el género de afectos que el poeta exprese. En la más tierna efusión de sentimientos delicados, como la explosión más terrible de arrebatadas pasiones, cabe igualmente el cumplimiento de esta condición. El movimiento, la vitalidad, la fuerza expresiva del poema, serán consecuencias necesarias de esta energía del sentimiento. Composición que no esté sentida, difícilmente será animada, movida e interesante, pero dada la vitalidad del sentimiento, y el calor y espontaneidad de la inspiración, todas las demás condiciones se cumplirán sin dificultad alguna».

Juan de Cervantes y Salazar sentía la Religión en su más prístina, sutil y mística esencia y en su más fecunda, dilatada y armoniosa doctrina y realidad. No en vano había nacido en aquellos lustros en los que España católica y militante era «la nao de las heroicas misiones, el yun-

que de las cruzadas contra herejes, el horno de las grandes empresas apostólicas, el templo de los amores místicos, la cátedra de la pura teología, el taller de los artifices cristianos, la cuna en que nacieron San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, Felipe II y don Juan de Austria, San Juan de la Cruz y Francisco Javier, Melchor Cano y Luis Vives, Lope y Cervantes, Tirso y Calderón, Murillo y Montañés».

«Hay en Jesucristo —dice el Obispo de Laval— tres misterios que forman uno solo, tres misterios indisolublemente unidos y de los cuales nada se puede restar. El primero es la Encarnación, es decir, la asunción de la naturaleza humana, hecha por el Verbo. El segundo es la Redención, el quebrantamiento de esa naturaleza y la efusión de esa sangre divina. El tercero, la Eucaristía o el misterio de la humanidad regenerada al comer esa carne y al beber esa sangre. He aquí a Jesucristo completo. Porque Jesucristo no tomó esa sangre sino para derramarla y no la derramó sino para infiltrarla en nuestras venas y regenerarnos». Pues bien, Juan de Cervantes y Salazar sentía, adoraba y creía firmísimamente en estos tres soberanos e incomparables misterios y como firmísimamente los creía, adoraba y sentía, cantábalos feliz y armónicamente en magistrales y estupendas creaciones líricas.

1.º El misterio de la Encarnación del Verbo. Qué poeta de nuestra Edad de Oro no sintió inflamársele el corazón y estremecerse el alma con las luces celestiales de aquella noche que fué nuestro día, con los melíficos arpegios de los cánticos angélicos, con las ternezas maternas de la Virgen Madre, con las perlas de finísimo aljofar que rodaban por las mejillas del Divino Infante, con el tiritar del recién nacido azotado por las inclemencias del frío, con la sublime rudeza de zagales y pastores, con el poder omnipotente de la Trinidad Augusta encerrando en un ternísimo niño la majestad de todo un Dios? En la sensibilidad de nuestro poeta, en su alma y corazón, en su númen y en su genio reventaban todas estas emociones tan patéticas como emotivas y hacíanle exclamar alborozado ante el místico pesebre betlemita:

«De ver llorar a Dios hombre
se aflige su madre Virgen,
y a sus ecos en la gloria
se alegran los serafines.

Ya abre Dios la puerta franca,
da del cielo el paso libre
y adereza las estrellas
para que el Hombre las pise.

Ya de alegre primavera
montes y selvas se visten,
y entre cañadas y riscos
Gloria in excelsis, repiten.

Trueca Dios la guerra en paz,
y entre pajas muy humilde
llora del hombre la culpa
porque de amores se rinde.

La Virgen vido al aurora,
al sol que de luz le viste
quejarse al calor del hielo
entre el aljofar que exprime.

Angeles, pesebre y Dios,
pajas, portal, querubines,
todo es gloria, todo es paz
porque lo alienta la Virgen.

Y en los ojos y boca

del Niño Dios vi
perlas destiladas
llorando por mí.

Para gloria mía
Niño Dios venis
trocando el agosto
en divino abril.

Vestis de encarnado
el blanco jazmín
y en color pajizo
trocais el rubí.

Hacéis del pesebre
trono de David,
retrete un portal,
cama el heno vil.

Muy enamorado
sois, pues, que venis
pobre a media noche
a buscarme ansi.

Bien amáis de veras
mas, Niño, advertid,
que si amáis al alma,
paciencia y sufrir.

Y en los ojos y boca
del Niño Dios vi
perlas destiladas
llorando por mí».

2.º El misterio de la Redención, además. Escribía el maestro Ricardo León que «el culto de la Cruz, la devoción al Cristo que sufre y muere en ella por amor a los hombres tenía que herir las fibras más

íntimas y sensibles del alma española por ser el más entrañable y portentoso de los misterios el que tiene a la vez más ternura cordial y una trascendencia metafísica la más sutil, dramática y desgarradora que se puede conocer. Brota aquí del dolor y de la muerte un manantial eterno de salud, y de vida, se une aquí a la realidad angustiosa de la tragedia humana las heridas abiertas, la sangre, el sudor y el polvo de la vida mortal, todo el divino esplendor de la belleza absoluta de la virtud heroica, del amor infinito, de la felicidad perdurable». Para Juan de Cervantes y Salazar al igual que para todo español barroco el misterium tremendum de la divinidad no existe. «No conoce el «emat Gahvet» del Antiguo Testamento, el terror de Dios que Jehova produce o envía, ni la cólera de Jahvet como elementos de la santidad y de la omnipotencia, sino sólo el Padre bondadoso, el Hijo que se ofrece como víctima y el Espíritu Santo dispensador de bendiciones. Su Dios no es amenazador, ni juez, ni vengador, ni el Dios del Destino que predetermina implacable y arbitrariamente la suerte de los hombres con su omnisciencia y su omnipotencia, sino el salvador y redentor, consolador compasivo, lleno de amor indulgente e inagotable».

Su representación inigualable y única, su más profunda esencia es Cristo y principalmente «clavado en la Cruz, el cuerpo despedazado, rotas las carnes, doloroso y sangriento desde la planta del pie hasta el pelo de la cabeza que tenía enfurtido en su propia sangre cuajada y dura como el fieltro, con las crueles heridas de la corona de espinas». Paso tras paso, y de hito en hito, recorre nuestro poeta toda la divina tragedia del Parascève y cruza angustioso la dolorosa calle de la amargura y sale de la ciudad deicida y trepa por las faldas del Gólgota y al contemplar allí en el cénit del amor a Cristo desgajándose del sagrado leño de la Cruz,

«en polvo, en sangre y en sudor bañado»

ciama anonadado y suplicante:

«Que del cielo la máquina se rompa,
hagan señales aires y elementos,
bramen las aguas y al tronar los vientos,
el risco caiga, el aire se corrompa.

Que al triste son de la funesta trompa
los insensibles hagan sentimientos,
rueden las torres, caigan los cimientos,
del templo cese la soberbia y pompa.

Que el sol se eclipse estando padeciendo
la causa universal de tierra y cielo.

No hay en tierra, ni cielo a quien no asombre.

Más, ay dolor, que estándose rompiendo
aire, elementos, cielo, templo y velo
aún no se rompa el corazón del hombre».

3.º Finalmente, el misterio sacrosanto de la Eucaristía. Toda la obra redentora de Cristo sobre la tierra está compendiada en tan augusto misterio. «En verdad os digo, decía Cristo, que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Sólo quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente un manjar y mi sangre una bebida. Así como el Padre que vive me envió y yo vivo por el padre, el que me coma vivirá por mí». Y en aquella noche suprema de su vida mortal coronaba su obra: «Tomad y comed, este es mi cuerpo» y dándoles el caliz repetía «Bebed de él que es la sangre del Nuevo Testamento que será derramada para el perdón de los pecados». ¿Cómo concebía y sentía Juan de Cervantes y Salazar tan admirable misterio?

«Este blanco pan, da vida
al alma que llega en gracia
y la que en pecado, vuelve
dura, fría, tibia, helada.

... ..

Vámonos a la mesa
donde Dios se da,
pues redunda en las almas
nueva vida ya.

A la mesa vamos
muy contentos todos,
pues por ciertos modos
en Dios nos quedamos,
que aunque a Dios comamos
Dios en Dios se da,
pues redunda en las almas
nueva vida ya.

Si a comer vinieres
este pan suave
verás que a Dios sabe
si a Dios comer quieres,
¿que aguardas, pues eres
convidado ya?
pues redunda en las almas
nueva vida ya.

Con alegre gozo
vamos al banquete
donde Dios promete
del cielo el reposo

y en manjar sabroso
Dios en Dios se da,
pues redundando en las almas
nueva vida ya.

Y, sin embargo, Cristo no convirtió el pan y el vino en su propia sangre y en su propia carne para que los adorásemos, fué la Iglesia Católica y particularmente el Concilio de Trento quienes mandaron y establecieron la adoración y culto al Santísimo Sacramento concentrándolo especialmente en el día de la festividad del Corpus Christi, fecha y momento culminante de esta adoración. España católica no vaciló en poner en práctica inmediatamente los mandatos del ecuménico Concilio. Basta leer las páginas de la historia para obtener una idea del esplendor y solemnidad que alcanzaron los cultos, procesiones, farsas sacramentales, danzas y bailes, la pintura, la música, la pléyade desbordante de artes menores en una incomparable emulación corrieron a rendir pleitesía a tan soberano misterio. ¿Y cómo no había de unir su voz nuestro poeta a aquella fastuosísima explosión de alegría y respeto que en su loor entonaron todos y cada uno de los hijos de las Musas? El ingenio cervantino brilla una vez más cuando escribe:

«Parece enigma sutil
lo que hoy los cielos nos dan,
que en junio cogemos pan
lloviendo sangre en abril.

Llovió por abril el cielo
sangre y piedad para el hombre
de un hombre y Dios cuyo nombre
fué de Redentor del suelo,
y tras años cinco mil
que llovió pena y afán,
se coge por junio pan
lloviendo sangre en abril.

Cógese un pan tan suave
que es Dios y cabe en el pecho
y como de carne es hecho
a carne y sangre nos sabe,
a fe que el año es gentil
para los hijos de Adán,
pues cogen por junio pan
lloviendo sangre en abril».

4.º Como poeta y español Juan de Cervantes y Salazar por fuerza acaso de la sangre, por imperativo de su corazón había de rendir su tierna y delicada lira ante las plantas virginales de María Santísima. «Niña» la llama dulcemente porque, como decía Lope de Vega, «regalada cosa es llamarla Niña, para significar su pureza, pues parece que el alma se deleita más en este nombre. Pues de qué otra suerte llamaréis a esta Niña Virgen y Madre de aquel divinísimo Niño, que como sale el olor del lirio quedándose las hojas tan puras como lo estaban antes, con la misma suavidad salió de sus purísimas entrañas? ¿De qué manera la llamaréis más regaladamente, si os acordáis de aquellos cabellos como el sol, de aquel rostro hermosísimo, espejo de ángeles, de aquellos ojos suaves, de aquella boca amorosa, de aquellas manos de marfil transparente y de toda ella desde los cabellos a los pies benditos, hecha un cielo abreviado?» Todos estos sentimientos y todas estas ternezas y embelesos germinaban en el alma de nuestro poeta y repetía:

«¿Oh, Niña, vida mía,
cuando mi alma alegre y mejorada
verá su noche en día
su pena en gloria de astros coronada?»

... ..

Una Niña en el suelo
de tal resplandor
que a la luz de sus rayos
se oscurese el sol.

Esta hermosa niña
que da gloria al suelo
nos traerá del cielo
la vid de la viña,
quitará la riña
entre Dios y el hombre,
saldrá de su nombre
del cielo la flor,
y a la luz de sus rayos
se oscurece el sol.

Poeta español, y muy probablemente sevillano, sentía correr impetuosamente por sus venas la fe, el amor y la devoción a aquel inefable misterio de la Concepción Inmaculada de María Santísima. El une su voz a aquella maravillosa aclamación que en su gloria prorrumpían los buriles, las paletas, los cinceles y las cuerdas de los artistas en una santa emulación y que no cesaban de proclamarla firme y valerosamente pura y limpia y sin mancilla. «La Virgen pura» llámala en una de sus letri-

llas; «sin mácula alguna», la canta en sus romances; «la madre virgen», calificala sin cesar:

... ..
Y aunque es concebida
en el vientre de Ana,
es de Dios hechura,
en su mente santa,
tan limpia que espanta
verla tan bizarra
por quien Dios la barra
tiró de su honor
y a la luz de sus rayos
se oscurece el sol.

Y con este cántico concepcionista cerramos el breve y sucinto trabajo que sobre la personalidad humana y poética de Juan de Cervantes y Salazar hemos reseñado.

Quiera el cielo inflamar la mente de nuestros investigadores y biógrafos y convertir en espléndida realidad tantas conjeturas y suposiciones que sobre la paternidad legítima de Miguel de Cervantes y Saavedra corren escritas.

CARLOS SCHLATTER MARQUEZ.

